

EN TORNO A PEMAN

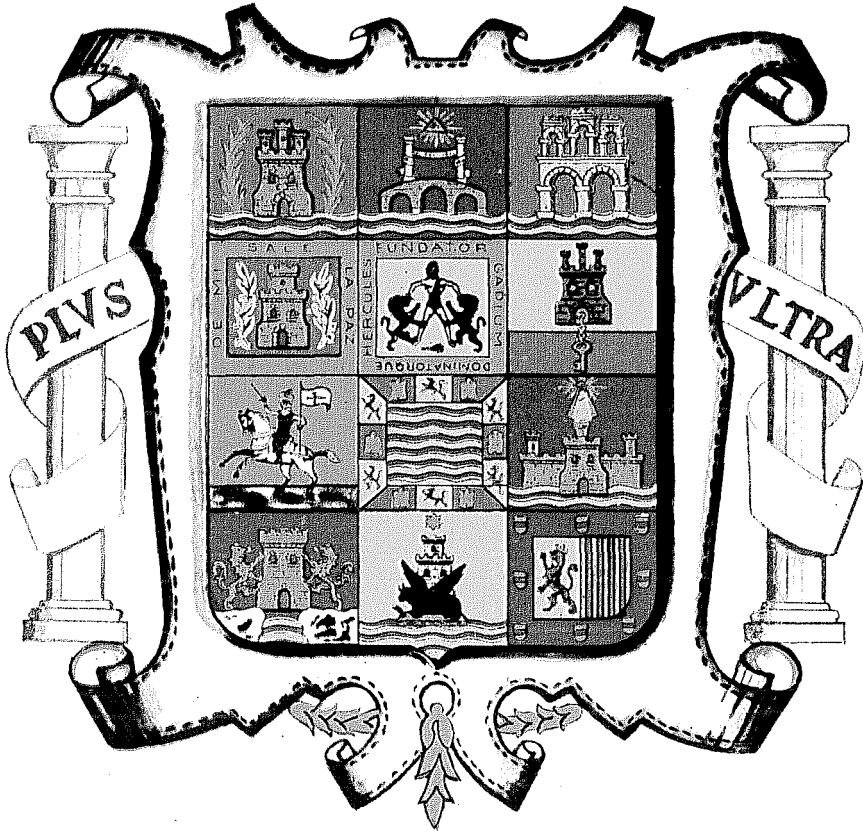
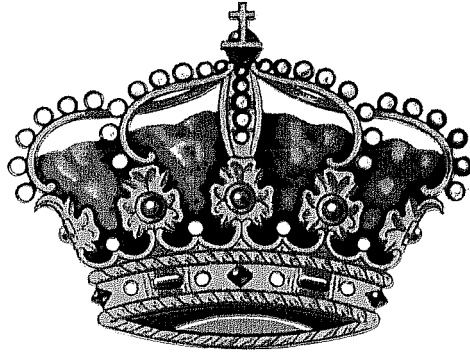
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE CADIZ

1 9 7 4

ISBN : 84 - 600 - 6302- X

Depósito Legal CA 1051 - 1974

Imprenta «La Voz» - P. Ejército, 38 - San Fernando



LA ANDALUCIA DE PEMAN

Pedro Laín Estralgo

Sobre este tema dictó una conferencia el autor, en la Sala Capitular del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, y dentro de los actos programados en el Homenaje Nacional a Don José María Pemán, el 24 de Agosto de 1.974.

Para Antonio Cortés, amistoso empresario de la conferencia en que estas reflexiones fueron leídas.

Declarando quintaesencialmente el sueño de su vida, dijo un gran poeta latino: «*Et in Arcadia, ego*». Recapitulando sentenciosamente la realidad de la suya —una realidad que, como pronto veremos, es también sueño—, podría decir José María Pemán: «Y yo, en mi Andalucía». Lo cual, como todas las definiciones y sentencias a tenazón, nos plantea inmediata e ineludiblemente una serie de arduas interrogaciones: ¿Qué es Andalucía? Y ¿a qué llama Pemán *mi* Andalucía? Y ¿en qué consiste eso de estar en tal Andalucía? Tales son las preguntas a que con este ensayo intentaré responder.

Afirmar que buena parte de la ingente producción escrita de Pemán —poesía, teatro, novela, cuento, ensayo periodístico— tiene a Andalucía como tema, sería algo así como descubrir el Mediterráneo o, estando en Cádiz, el Atlántico. Pero de lo que ahora se trata no es de hacer un censo erudito, sino, mucho más ambiciosamente, de extraer una esencia. Ese tan amplio y diverso material literario, ¿qué nos dice acerca de los temas antes enunciados? Dentro de él, ¿qué es Andalucía, y en qué consiste para su autor estar en ella, vivir personal y socialmente desde lo que ella es? Permítaseme que yo sea fiel a mi condición profesoral y divida metódicamente mi respuesta en cuatro puntos sucesivos: 1.º Qué es la Andalucía de Pemán.- 2.º Estructura y origen, según Pemán, de eso que para él es Andalucía.- 3.º Mi personal actitud ante la visión pemániana de Andalucía.- 4.º Con Pemán, ante el futuro de Andalucía. Cuatro puntos, cuatro toros, y no salamanquinos, sino andaluces. Vamos allá.

LA ANDALUCIA DE PEMAN

Como cualquier otro fragmento del planeta, Andalucía puede ser, según el particular punto de vista desde el cual se la mire, cosas muy distintas entre sí: un trozo de tierra y agua geológica, geográfica o paisajísticamente considerado; la materia de un problema socioeconómico o sociopolítico; el solar donde han ido aconteciendo tales o cuales acciones políticas, religiosas, bélicas, científicas o artísticas; un conjunto de ciudades, y, entre ellas, una red de carreteras cómoda o incómodamente transitables... Pues bien: siendo Andalucía para Pemán algo de todas estas cosas, ninguna nos da por sí sola la verdadera clave de lo que ahora estamos buscando, ninguna nos dice lo que para nuestro escritor es la esencia de Andalucía. No: ni simple trozo de tierra y agua, ni mero problema socioeconómico o sociopolítico, ni erudita narración histórica, ni suelo doméstica o turísticamente transitable. Porque Andalucía es para Pemán ante todo —esto es lo decisivo: *ante todo*— un modo de vivir, y dentro de él, más hondamente, un modo de ser.

¿Por qué? La respuesta es fácil. Porque su personal modo de sentir y entender la vida es el que, mediante una suerte de elipsis confesional, si se permite decirlo tan pedantescamente, él mismo ha atribuido a uno de sus tipos andaluces más queridos, Simón el Librero: «Amaba mucho a los filósofos que han amado sobre todas las cosas al hombre y le han hecho centro de su filosofía. El *Homo sum* del suave Terencio no se le caía de los labios, y hubiera podido ser la divisa de su vida. También acariciaba con singular predilección un viejo tomito que contenía las epístolas de San Pablo. Hacía notar cómo San Pablo estaba tan concentrado en el amor y el estudio del hombre, que no tenía ojos para la naturaleza exterior. Si hubiera sido ciego —decía—, no hubiera escrito de otro modo sus epístolas». Como el pagano Terencio de Cartago y como el archicristiano Pablo de Tarso, esto es, como el gaditano Simón el Librero, Pemán es en primer término sensible a la realidad del hombre, a la vida humana, más aún, a las formas más inmediatas y concretas de esa vida, y como un delicado modo de ser hombre sobre la tierra y junto al mar ha entendido a su Andalucía. El paisaje existe para él, pero como alquitarada nota fugaz —una luz, un campo ondulante de olivos o de viñas, un mar cuya superficie, junto a la costa, rizan y visten de encaje las olas— del escenario geográfico o urbano en que la vida humana acontece. A veces, eso sí, con aguda e iluminadora sensibilidad poética:

recordad su concentrada descripción del «verdadero silencio de oro», ese «silencio positivo, producido a fuerza de luz y a fuerza de vida» que surge de la reiterada conjunción anual de estas cuatro notas: Andalucía, julio, la cal, las tres de la tarde. Los problemas sociopolíticos y socioeconómicos existen asimismo para él, pero sólo como ocasión para una volandera broma irónica o como materia de una firme y rápida reflexión psicosocial: «Se equivocará plenamente en diagnóstico y en tratamiento quien pretenda enfocar las agitaciones sociales andaluzas a la luz única de los impulsos utilitarios...»; son también eso, desde luego, pero más en lo hondo son la consecuencia de haber despertado un día los agitadores «con el afán de ser iguales a su propio sueño». No: para Pemán, lo importante, lo decisivo de Andalucía es su peculiar modo de vivir, su manera característica de realizar y entender la existencia humana; como diría Américo Castro, su especial «vividura».

Oíd, si no, la apretada, estilizada enumeración de varios de los rasgos de ese vivir que hace como cuarenta y cinco años, cuando su espíritu era menos joven que el de ahora, escribía José María Pemán: «La sobriedad de estos campesinos, flexibles como juncos, que comen una cucharada de gazpacho; la elegancia ceremoniosa del gesto, aún en el pueblo mismo; el garbo del traje corto, que por no tener bolsillos enseña el movimiento rítmico y armonioso de los brazos; el individualismo bravo, que no concibe el baile de conjunto ni el coro de orfeón; el espíritu crítico, burlón y experimentado, que reacciona frente a la vida con coplas y refranes...»

Ahora bien: este modo andaluz de vivir y de ser, ¿puede ser reducido a una teoría a la vez estructural y genética? Las notas descriptivas y constitutivas del vivir andaluz que Pemán percibe y literariamente presenta, ¿son susceptibles de ordenación, de modo que de tal empeño resulte una estructura, y luego una comprensión por igual psicológica, sociológica e histórica? Interrogaciones que muy de rechamante nos llevan al punto segundo de nuestra indagación.

ESTRUCTURA Y ORIGEN DE LA ANDALUCIA DE PEMAN

Tomemos estos dos temas por separado, y tratemos en primer término de ordenar en unas cuantas notas, estructuralmente conexas entre sí, ese andaluz modo de entender y hacer la vida.

I. No con el ambicioso propósito de agotar el tema, sino con la modesta intención de dar un paso hacia un cabal planteamiento del mismo, he aquí seis esenciales rasgos de la Andalucía pemaiana; rasgos que no por azar, y con deliberación más o menos consciente, vienen siempre a ser en quienes los poseen y ejercitan un compromiso, una sabia y querida ambigüedad.

1. La visión del trabajo como un punto de equilibrio entre la primorosa operación personal y la paciencia; con otras palabras, entre dos artes, el de lograr una creación «para siempre» y el de dar tiempo al tiempo.

Las ollas andaluzas, las lucientes esferas de cobre que todavía se ven en los cortijos tradicionales, podrían ser un buen ejemplo de la primera de esas dos formas del arte. «La olla andaluza —copio de Pemán, con subrayados míos—: una de esas fórmulas inteligentes y *eternas*, conquistadas *para siempre* en un acierto genial por el espíritu humano». Panzudo, esférico, perfecto, como el ser de Parménides, un humilde objeto entre utilitario y ornamental parece estar diciendo a los hombres que sensiblemente le contemplan: «¿Verdad que no sois capaces de mejorar lo que soy?» Y como ella, el urbanismo rural de Andalucía, que en su versión llana —Osuna, La Palma del Condado. Sanlúcar la Mayor, Moguer— o en su versión montañosa —Arcos, Vejer, Castellar, Mijas— constituye a mi modo de ver, y por supuesto al de Pemán, una de las más finas creaciones arquitectónicas del hombre.

La elaboración del vino jerezano y la andadura del jinete andaluz, sobre su caballo caracoleante, ¿no son acaso, por otra parte, arquetipos del arte —sólo en apariencia fácil— de dar tiempo al tiempo, bien por mor de lo que la mudanza de las cosas, no más que tenue y amorosamente gobernada, por sí misma produzca, bien por el gozo de sentirlo pasar sujetándole la rienda? En la fabricación del vino andaluz, «la tarea del hombre es mínima y andalucísima: consiste en *dejar hacer*... Todas las cosas grandes se hacen *dejando hacer*», apostilla Pemán, con optimismo harto desmedido. Y esa que acabo de apuntar es la raíz de su deleite pintando la estampa de los «jinetes señoritos que nunca tienen prisa para llegar, y que por eso se recrean en la elegancia de cada paso».

2. La ejecución de la vida cotidiana como un constante compromiso voluntario —aunque por modo subconsciente, tantas veces— entre la abierta sinceridad y el recatado pudor.

Véase la primera, si uno tiene ojos para ver, en la sinceridad de los patios: «la cancela es una institución liberal por la que la casa, concentrada en el patio, se entrega a la fiscalización de la calle...; a través de la cancela, el patio y la calle se ven como dos novios...» Conclusión psicosocial: «Andalucía es un pueblo enamorado por excelencia de lo amplio, de lo abierto, de lo luminoso». Con la sutil ambivalencia del «no soy lo que parezco y no parezco lo que soy», así nos lo hace ver la andaluza realidad del patio, cuyos clásicos literarios son los Quintero y Pemán, aquellos en su célebre comedia, éste en el primoroso artículo que lleva por título «Verano y veraneo».

Contémplese el segundo en la teoría orsiana, que Pemán ha hecho gozosamente suya, del «trabajo a la andaluza». Tras el pecado original, Dios castigó a la mujer a parir con dolor, y de ahí la pudorosa ocultación —la antigua ocultación, podríamos decir, dentro de la ola de cinismo erótico que hoy nos envuelve— de todo lo tocante al parto y al sexo. Pues si el hombre fue entonces castigado a ganar el pan con el sudor de su frente, es decir, con su trabajo, ¿por qué no ha de realizar éste con el mismo evasivo recato? ¿Y no es ésto, precisamente esto lo que con su conducta nos están diciendo los artesanos andaluces, trabajando en lo suyo por fuera de la visible realidad del patio, en alguna de las estancias que, más allá del patio mismo, parecen ocultarse a la mirada del visitante, e incluso a la del cliente?

3. La visión de la realidad en torno como una metódica oscilación entre la exageración aparente y —pronto veremos lo que esto significa— la táctica anulación de la existencia terrena.

Anverso de la medalla: la tan traída y llevada exageración andaluza: «En esta Andalucía tan dada a abultar las cosas...», escribe Pemán. La exageración que, como encarnada en su persona, verbalmente derrama un día y otro *Señó* Juan, «el Sosegao». El cual, ante la prudente reducción que de sus cifras evaluativas tantas veces le hacían sus oyentes, solía responder con esta tan cómoda como expeditiva y aquiescente reserva táctica: «Bueno, niño: quien dice mil, dice ciento». Porque, mucho más que deliberada voluntad de falseamiento, la exageración andaluza sería en su almendra pura ansia de expresividad. «La mentira de los hombres buenos» llamaba Joseph de Maistre a la exageración; y en modo alguno considero un azar que sea un inteligente sevillano, Carlos Ollero, quien me haya hecho conocer tan aguda y delicada sentencia.

Reverso de esa misma medalla, la táctica anulación, no de la reali-

dad misma, sino de la visible apariencia de aquello que está ante nuestros ojos. Pemán nos recuerda el andalucísimo apodo que en una playa de Cádiz o de Málaga daban a una colección de cinco hermanas a las que sus padres, tan celosos del buen crédito social de sus niñas como voluminosos y orondos de cuerpo, llevaban siempre delante de sí en sus parsimoniosos paseos vesperales: las llamaban «Las huérfanas». En mi mocedad, cuando yo, estando en Sevilla, más de una vez hacía en tranvía el recorrido Plaza de San Francisco-Alameda de Hércules y regreso, sólo por el gusto de oír hablar entre sí a los que viajaban en la plataforma, fui deleitado testigo mudo de la siguiente escena: Ante mí, dos varones ya maduros. En una de las paradas, sube al vehículo una mujer, no muy baja, pero a la cual su grosura casi dejaba más ancha que alta, pasa con presteza por delante de nosotros y entra al interior, para sentarse. «¿Ha *pasao argo?*», pregunta uno de los varones al otro. Y el otro le responde, practicando esa táctica anulación de la apariencia vista de que acabo de hablar: «¿Que si por aquí ha *pasao argo?* Yo no he visto *ná...*».

4. El trato interhumano como una viviente articulación sin fricciones entre el ejercicio del individualismo y el de una suave, armoniosa, concesiva convivencia.

A un lado, el «bravo» individualismo del andaluz que oye cantar a un orfeón catalán o vasco: «Señó, que yo no comprendo esto del Orfeón. Que se ajuntan cincuenta tíos y empiezan con aquello de «que ya sale er só, que ya viene er día», y vuelta con «que ya viene er día y ya sale er só», y dale con er só y con er día. Señó, ¿qué farta hacen cincuenta tíos pa decí tos lo mismo? ¡Uno solo, caray, que ya me he enterao!».

Por el lado opuesto, la suave convivencia de las gentes andaluzas, de la que tan eficaz instrumento expresivo es su elusiva prosodia, el acento deslizante de quienes al hablar parecen complacerse comiéndose sílabas: «Cosas que expresadas con la fonética totalitaria e inmisericorde de Avila o de Valladolid engendrarían una bronca o incluso un duelo —observa Pemán—, dichas con el evasivo acento de Sevilla o Cádiz pasan sin iracundia ni protesta».

5. La estimación personal de las cosas en torno, como un puente de tránsito continuo entre la ascesis y la suntuosidad, entre la reducción de cada cosa a un trazo esencial y el entrañable gusto por la gallardía del lujo inútil.

Decidme si no hay ascesis, reducción de la cosa vista a su trazo o rasgo esencial, en tantos de los apodos que Pemán ha oído o imaginado en Andalucía. A aquel pobre empleado del Monte de Piedad, a quien un matrimonio insospechable y afortunado —ese «braguetazo» que antes definió mal y ahora acaba de definir bien la Real Academia Española— pone de pronto en la opulencia, le llamarán «El Desempeñado». A aquella señora en cuya vida se conservaban intactos —porque podía, diría un sociólogo progresista— los modos ceremoniosos y las cómodas convenciones del siglo XIX, la conocerán por «Doña Todavía». Y un señor de Sevilla altísimo de talla y Julio de nombre —yo lo recuerdo—, será para sus paisanos «Don Julio y parte de agosto».

Dad ahora la vuelta a la moneda, y confesadme si no pasáis de contemplar la fruición de la ascesis a percibir el gusto por la suntuosidad oyendo esta expresiva seguidilla gitana, más de una vez recordada por Pemán con intención entre descriptiva y definitoria:

*«¡Que no vendas nunca, "manque" pases "jambre",
tu mantón "bordao"!»*

O bien, pasando del cante a la religiosidad, la barroca y superlativa catarata de dolores, agonías, sangres, soledades, poderes y divinidades que son los nombres de las cofradías andaluzas. O acaso, viniendo de la cofradía al erotismo, la visión de la mujer —¿vigente aún?— como una realidad humana a la cual mancha todo lo que sea trabajo «fuera de casa». El andaluz —escribe Pemán— tiene de la mujer aquel concepto suntuario que hacía decir a Lope: «Notable oficio es la hermosura; a quien la Naturaleza se lo dio, no busque otro». O el hábito de soportar sin refrigeraciones ni aspavientos, «por amor a una tradición rica y lujosa», el calor del verano.

6. La habitual distensión del existir entre la visión directa, táctil, contorneante, de la realidad de las cosas, y un imaginativo ensueño personal acerca de ellas. «Los andaluces —apunta nuestro autor— no saben concebir las cosas sino de un modo sensual y plástico». Y como contrapartida, la penetrante visión del campesino andaluz como un soñador destronado: «El campesino andaluz es un desterrado dentro de su propia tierra... El andaluz sólo es un destronado del trono de sus propios sueños... Y un alma que abriga perpetuamente un sueño fuera del tiempo y del espacio, está a dos dedos de renunciar a todo esfuerzo».

En resumen: la existencia andaluza, el modo de hacer y entender la vida del hombre de Andalucía, vendría a ser una *ambivalencia habitual, a veces por modo de oscilación, a veces por modo de fusión, entre la gravedad y la ironía*. Algo habremos de reflexionar luego acerca de este diagnóstico.

II. Ahora bien: este estructurado y coherente conjunto de notas descriptivas y constitutivas, ¿qué origen y qué sentido tiene para quien así nos lo ha hecho ver?

La profundidad histórica, la preocupación por el remoto origen de este modo de vivir y ser; tal era la curiosidad que hace casi medio siglo echaba Pemán de menos en quienes con el tópico clisé pintoresquista —el cante, la guitarra, el toreo...— se acercaban a Andalucía: «El viajero —decía— posee siempre una sola dimensión: la anchura, el espacio. Es necesario que el historiador nos suministre otra: la profundidad, el tiempo». Asomado al brocal del pozo del tiempo, Pemán cree descubrir así la clave de su Andalucía: «Cuando aparecen los andaluces en la Historia, muéstranse ya como un pueblo fino y culto...: tienen leyes en verso, a las que asignan seis mil años de antigüedad; saben lidiar toros; son elegantísimos jinetes; en Cádiz existen las bailarinas más ágiles y graciosas del mundo... Cuando los griegos focenses llegan a ella (a Andalucía), se encuentran con un rey pacífico y benévolo, rey de un pueblo otoñal, civilizado y maduro, al que por sus muchas riquezas llaman Argantonio, el hombre de plata».

E igual que los griegos, los fenicios, y los cartagineses, y los romanos, y los árabes. Y por fin —añado yo— los castellanos, desde la conquista de Córdoba y Sevilla; y como chorro ulterior, los vascos Ibarra o Arámburu, los franceses Domecq, y los ingleses o irlandeses Terry, Osborne, Pickman y Williams... Como peculiar modo de vivir, Andalucía habría existido, si vale la andaluza exageración, «desde siempre», y siempre recibiendo sumisamente a todos, para a todos, al fin, hacerlos suyos, trocarlos en andaluces, no por sobreañadidos menos auténticos. Pero que nos lo diga el propio Pemán: «De pocas regiones podrá hablarse menos temerariamente de *eternidad*, dentro, naturalmente, del relativismo de esta palabra, aplicada a lo humano, que de la región andaluza... Todavía sus rasgos de hoy no son sino sus rasgos eternos... el gesto eterno de un pueblo que, porque ha vivido muchos siglos y ha recibido a muchas gentes, mira la vida con un poco de ironía, al través de sus ojos soñolientos, entornados a fuerza de luz y a fuerza de siglos».

La conclusión ha de surgir tajante: «Esta es Andalucía, la región vencida, eternamente vencedora. Su espíritu es como un grano de sal que nunca se corrompe y que da sabor a todo aquello con que se mezcla». Y lo que antes de 1930 era tesis juvenil y primeriza, se convertirá decenios más tarde en la zumbona letrilla del tanguillo que en *El río se entró en Sevilla* cantinea sobre las tablas —¡con qué pajolera gracia otoñal lo hacía la gran Lola Membrives!— su popular y señorial protagonista:

*...porque aquí desde el rey Argantonio,
¡Jesús, que demonio!,
sabemos latín.*

Andalucía, en suma, una singular y exquisita manera de vivir y ser existente desde la noche de los tiempos, desde los remotísimos tartesios, quién sabe si desde más allá, para ir haciendo andaluces a todos cuantos en ella penetran y enseñar a los demás, al mundo entero, lo que es vivir humanamente defendiendo a toda costa el señorío de pisar la tierra sin prisa, sin apretarla mucho, y el lujo inútil de no vender nunca, aunque se pase *jambre*, «el mantón bordao».

ENSAYO DE UN COMENTARIO PERSONAL

En su almendra, esta es —¿es o era?; habrá que preguntárselo— la teoría pemaniana de Andalucía. Déjese ahora que un profesor caviloso cumpla ante ella su oficio de dos modos distintos: ensayando una interpretación y esbozando unas apostillas.

I Mi interpretación va a tener como punto de partida la frase o sentencia con que yo mismo acabo de resumir la sutil y certera caracterización psico-social que con textos e ideas de nuestro autor antes he pergeñado: ambivalencia habitual, a veces por modo de oscilación, a veces por modo de fusión, entre la gravedad y la ironía. Interpretación, sí; porque el problema consiste en saber, más existencial que psicológicamente, cuál es el modo como Andalucía pone la gravedad y la ironía en mutua conexión.

Hay ironía ante algo, pienso yo, cuando con la conducta o con la palabra se juega a que ese «algo» —lo que sea, una persona, una hazaña, una institución, una obra de arte— de algún modo *no exista* para quien la considera y quienes entonces le rodean. Jugar a que algo

no exista: tal es la clave de la ironía. Supongamos ahora, para venir pronto a lo que aquí nos importa, que ese «algo» es un «alguien», un hombre, el hombre que uno es o el hombre que uno tenga delante de sus ojos. Pues bien: en tal caso, ese táctico, lúdico *no existir* puede adoptar tres formas principales: la simple *minimización*, la *muerte* y la *aniquilación total*, la convencional *reducción a la nada*. En la minimización, la ironía consiste en actuar o hablar fingiendo que la realidad de uno mismo o la del otro han quedado reducidas, como suele decirse, a «su mínima expresión», a lo menos que, sin dejar de ser lo que somos y quienes somos, yo mismo o el otro podemos ser. En la segunda de esas tres posibilidades, la muerte, la conducta irónica tiene su clave en la táctica ficción de que por un momento ha dejado de vivir el otro o está dejando de vivir uno mismo. En la tercera, en fin, uno ironiza fingiendo con melancolía o con broma que uno mismo y el otro, a fuerza de «*poder no ser nada*», más precisamente, a fuerza de «*poder no ser*» a secas, estamos «*no siendo*», somos «*nada*».

Hace años me atreví a pensar y a escribir que la realidad humana de España es un gran bloque central —Castilla, Aragón, Vasconia— donde, salvo excepción, no se vive la ironía, rematado y completado por tres vértices ironizantes: Cataluña, maestra de la ironía por minimización; Galicia, protagonista de la ironía por aniquilación, que tal sería, por su lado grave, el último registro de la melancolía de la saudade, y Andalucía, tierra en la cual, por la vía de la gravedad o por vía de la broma, tiene señorial titular colectivo la ironía mediante la ficción táctica de la muerte. Ahí y así veo yo la raíz existencial de la indudable diferencia que existe entre la «*saudade*» galaico-portuguesa y la «*soleá*» andaluza. Ambivalencia habitual, a través de la táctica ficción —consciente o semiconsciente— de una muerte provisional entre la gravedad y la ironía: en esta fórmula me parece descubrir una de las claves más profundas de la diversa serie de contraposiciones vitales que antes, al hilo de textos de Pemán, metódicamente enumeré. Pero vengamos, porque el tiempo no da para más, a dos ejemplos, uno para ilustrar el giro irónico de mi fórmula y el otro para documentar su giro grave.

1.—En el primero, la tesis será ilustrada con otro texto de Pemán. «Don Manué» se acerca con su esposa, una dama opulentamente apetitosa, succulenta versión individual de ese universal atractivo que para el varón normal poseen, por debajo de todo rebuscado además de exquisitez, el vino Pedro Ximénez, las melodías italianas y la bien distribuida opulencia corporal femenina. Comentario: «¡Y que viene viudo

don Manué!». En su estructura existencial, ¿qué este gracioso comentario sino la táctica reducción de la monumental cónyuge del afortunado don Manué a una «no existencia provisional»? ¿Para qué? ¿Para que tan despampanante esposa se quede en la tumba donde retórica e irónicamente se la ha puesto? Al contrario: para que inmediatamente después de tal ocurrencia renazca aureolada con un esplendor nuevo, resucite a la existencia visible con una suerte de sobre-existencia, con un plus de aparente realidad. Y sin envidia ahora en quienes lo pronuncian, lo mismo acontece en el caso del apodo antes mencionado: «Las huérfanas».

2.—En el segundo, el documento probatorio será una observación mía: la estampa del cantaor durante los iniciales rasgueos de guitarra del guitarrista. Su postura —cabeza baja, rostro grave, manos sobre las rodillas—, ¿no es enteramente equiparable, me pregunto, a la del hombre que está esperando su sentencia de muerte? Pues esto y no otra cosa es lo que gravemente hace él entonces: morir a la existencia cotidiana, la suya antes de cantar, para renacer luego, transfigurado, a la existencia en el mundo o el trasmundo que describe o sugiere el cante. Esa existencia nueva en que el cantaor puede decir, respecto de la vida —real o soñada— que él mismo acaba de dejar:

*Tengo las manos vacías
de tanto dar sin tener.
Pero las manos son mías.*

La copla —siempre recordaré con una suerte de escalofrío íntimo la escena y el momento en que la escuché: un *tablaó* flamenco en Madrid, cuando a eso de las tres o las cuatro de la mañana ya se había ido todo el público turístico o parásito, sólo quedábamos en la sala los ocupantes de dos mesas, ocho o diez personas en total, y el cantaor se sentía a gusto, casi a solas consigo mismo y con el duende del cante— la copla, digo, declara a quienes la escuchan la conciencia, nueva respecto del vivir cotidiano, de poseer como propio lo que personalmente es de uno, y nadie, absolutamente nadie, ni siquiera Dios, como no sea volviéndose atrás de lo que El mismo quiso, le podrá a uno quitar. Lo cual sólo habiendo muerto de antemano a ese cotidiano vivir de la calle y la profesión podría acontecer.

II. Y tras mi interpretación personal, mis personales apostillas, tal vez reducibles a dos cavilosas interrogaciones. Estas: El modo de

vivir y ser con el que de una manera tan primorosa y certera José María Pemán ha caracterizado la esencia de Andalucía, ¿existía ya, por ventura, en el casi histórico tiempo de Argantonio, aunque éste realmente fuese un rey pacífico y conciliador, y aunque poco más tarde las danzarinas mocitas de esta tierra, las *puellae gaditanae* de entonces deleitasen con sus cuerpos cimbreantes la mirada de los graves magnates romanos? Y por otra parte, ¿es, sigue siendo grano de sal que nunca se corrompe ese tan fino y, en el seno de su finura, tan poderoso modo de vivir y ser? No se, no se; y me atrevo incluso a pensar que acaso el Pemán de hoy, más joven y abierto de espíritu que el de hace cuarenta o cincuenta años, también se diga lo mismo para su capote. Veamos.

1. En primer lugar, una breve reflexión sobre el modo de ser de los pueblos. Dos contrapuestas tesis hay, en esquema, para explicarlo: el «*desde siempre*» y la «*sucesiva creación histórica*». Para la primera tesis, la novedad histórica sería simple modulación; para el segundo —lo diré adaptando a nuestro problema un término filosófico de Zubiri—, esa novedad es verdadera cuasi-creación; creación parcial e ineludiblemente condicionada por lo que antes ya se era, claro está, pero, esto es lo decisivo, innovadora creación de algo que no se era antes.

El modo de ser que llamamos «*Andalucía*» sería a mi modo de ver, porque a la segunda de esas dos tesis me sumo, una creación local, submariánica, «*andaluza*» en su resultado, de la España ulterior a la Edad Media, condicionada, eso sí, pero no más que condicionada por todo lo que los hombres habían sido antes en esta tierra: Tartessos, la Bética romana, la Gotia de San Isidoro, Al-Andalus. Tema éste, en todo caso, para que los historiadores de verdad, no los simples eruditos de papeles y piedras, nos den a los profanos su suprema sentencia. Quede ahí planteado.

2. El modo andaluz de ser español y hombre, ¿«grano de sal que nunca se corrompe»? ¡Ay, José María, cuántas veces, desde que escribiste esto, han temblado íntimamente tu alma y tu pluma, sintiendo como Heráclito que «todo fluye» en la realidad, y temiendo que no sea tan «eterno» lo que antaño —con todas las reservas que quieras— por tal tuviste, y sintiendo a la vez que algo para tí valioso se iba para siempre, y esforzándote denodadamente por conservarlo! Voy a copiar un manojillo de las expresiones que tú mismo, José María, has ido dando a este complejo estado de ánimo.

La seguridad tradicional y antigua, como originario punto de partida: «Porque aquí existe todavía ese don inapreciable de las categorías, mantenidas por un tácito y espontáneo compromiso de amor, respeto y protección; el señor, el capataz, el yegüero, el zagab». Pero, tras ella, lo que desde fuera la corroe o amenaza, y por tanto el temor a perderla o la íntima impresión de haberla ya perdido: «Yo, andaluz, miro con temor todo avance del americanismo práctico, cómodo y holgado». Y la desgana, desabrida resignación ante lo que, a pesar de todo, ha llegado ya: «A Andalucía le han dicho que esto es lo civilizado —está hablando Pemán de la racionalización y colectivización de la vida— y la pobre, buena y sumisa, va procurando acomodarse a ello, aunque sin fe y sin alegría». Y la dolorida imprecación ante los nuevos modos, en este caso —mínima cosa— el tueste de la piel al sol playero: «¿Es posible que vosotras también, playas de Tartessos, seáis apóstatas de la más antigua civilización del mundo? Vosotras, que habéis envejecido sin perder vuestro aire clásico, no chocheéis, por Dios, a última hora». Y la amarga elegía por lo que se está yendo. «Elegía de la casa grande», reza significativamente el título de uno de los artículos de nuestro escritor, y ese fue —entre bromas y veras— el sentido oculto de su comedia *La casa*. Y la propuesta de la imposible reclusión en una entre idílica y docta ignorancia, frente a la perturbadora novedad: «¿Para qué decir allá arriba, en la casa patriarcal, donde amos y criados celebran familiarmente la fiesta (la Nochebuena) que en el mundo hay ya otros usos, que hay jornales de ocho horas y contratos de trabajo...?». Y la ficción irónica —dolorida ironía— de una defensa numantina de los viejos modos de vivir: «Deberíamos colocar en Sierra Morena una aduana espiritual para velar por la pureza de estas nobles reliquias andaluzas»...

¿Para qué seguir? Lo dicho, creo yo, permite descubrir que, tras la dorada seguridad de antaño, algo está zozobrando en la realidad de Andalucía y en la visión pemaniana de esa realidad. Porque ahora no se trata de la llegada de un puñado de castellanos, vascos, franceses o ingleses a las tierras onduladas y a las luminosas playas del viejísimo, casi fabuloso reino tartesio; se trata de la inexorable penetración cotidiana de eso que el discutible, pero aquilino Hegel llamó «*espíritu objetivo*»: la televisión, el libro de bolsillo, el automóvil, el imperativo de «industrializarse o morir», el justo contrato de trabajo o, si no, la huelga, la crema que broncea la piel, cien cosas más. Y frente a todo esto, ¿qué? ¿Sucumbir salmodiando reaccionarias elegías? No. Pemán, que vive en su tiempo, que, puesto por un periodista en el trance de

elegir un siglo para su vida, ha optado paladinamente por el nuestro, por éste que todos llamamos XX, aunque algunos de esos irrenunciables gustos y regustos de su alma pertenezcan, qué le vamos a hacer, al XIX y aún al XVIII, Pemán, digo, el Pemán más joven y abierto de los últimos años, ha querido decir «sí» a ese siglo XX suyo y nuestro mediante —que yo sepa— dos fórmulas distintas: el pacto ecuménico y la concepción perezosa del progreso. ¿Que no se me entiende? Pues con textos del propio Pemán me explicaré.

Pedantescamente otra vez, me atrevo a llamar «pacto ecuménico» a la resolución del conflicto de la comedia *El río se entró en Sevilla*. ¿Lo recordáis? En el cortijo arriado y aislado impera con ese andaluz señorío de la gracia y el estar de vuelta la viuda de un magnate, antaño, cuando joven, una mezcla de la Lola machadiana y la quinteriana Malvaloca. Ella es la que proclama pertenecer al pueblo que desde Argantonio «*sabe latín*». Pero he aquí que bajo dos formas diferentes, una de orden técnico (la técnica que se necesita para que en lo sucesivo el cortijo no se arríe de nuevo), otra, más urgente, de orden moral (porque el vivir actual se ha metido allí bajo formas sociales y sentimentales que desbordan a la jacarandosa matriarca), la arquetípica viuda del maestrante necesita, para evitar que se le hunda la vida, el auxilio del ingeniero vasco y el aviador americano que el azar ha llevado a su mundo; la ayuda de dos hombres que no son andaluces, que todavía no han podido llegar a serlo... Sin el «*pacto ecuménico*» que, entre sí se establecen sin proponérselo, la vencida *emperaora*, el vasco y el americano, ¿podría haber para ese mundo un «*después*» de veras aceptable? El que pueda y quiera entender, que entienda.

Y por otra parte, la concepción perezosa del progreso. ¿No recordáis la teoría de la pereza que enseñaba el filósofo don Evaristo, un cachazudo señor de Jerez que tenía una bodeguita? Oídla, pues, de labios del propio don Evaristo, a través de la pluma de Pemán: «La pereza consiste sencillamente en empezar por el fin. Los pueblos que poseen este admirable don no son pueblos atrasados; son, por el contrario, pueblos eminentemente progresivos, tan rápidos, tan ágiles, que llegan antes de salir y acaban antes de empezar...».

Pero sin mengua de su hondo e irónico acuerdo con don Evaristo, en la idea de que el sentido final del ajetreo consiste en la quieta y contemplativa fruición de la realidad, Pemán va más allá que su filósofo de la pereza, y sabe muy bien que cuando no se la aplica a lo que la naturaleza por sí misma nos da, un crepúsculo o el cielo estrellado, esa contemplación serena y gozosa de las cosas sólo puede al-

canzarse cuando con nuestro trabajo no alienante de alguna manera las hemos creado: así vio Arquímedes el principio que con esfuerzo supo buscar y al fin encontrar, y así Zurbarán sus definitivos monjes cartujos, y así, viniendo a lo nuestro, la Andalucía pemaniana, la mujer del cortijo que ha dado lustre a la panzuda olle de cobre, y antes el artesano que se atareó fabricándola... Tras el Pemán definitorio y nostálgico de hace cuarenta o cincuenta años, he aquí otro, más actual, más joven, al que no sé si llamar perezoso del progreso o progresista de la pereza. «¿No crees que en Andalucía deberíamos intentar la superación de esa dicotomía maniquea: agricultura o industria?», decía hace pocos meses a un periodista preguntón.

Lo cual me lleva derechamente al cuarto y último de los puntos de mi reflexión.

CON PEMAN, ANTE EL FUTURO DE ANDALUCIA

No una Andalucía «eternamente vencedora» para, con su pacífica y envolvente victoria, seguir siendo mañana lo mismo que ayer, sino una Andalucía pactadora e inventiva, aceptadora e inédita, nueva y esencial, es la que ahora de ella misma está exigiendo la historia. Copio del propio Pemán: «La Belleza, la Gracia, la Imaginación, la Artesanía, la Industria, esperan su turno para movilizarse aquí de una manera nueva... El ideal orsiano de la obra bien hecha puede ser la divisa del porvenir laboral de la Andalucía Occidental». ¿Sueño con la pretensión de verse convertido en proyecto? Entonces soñemos juntos, José María. Ahí está ante nosotros, como pura posibilidad, una Andalucía que ha sabido decir «sí», sin desgana ni desabrimiento, a las tres altas, ineludibles exigencias de nuestro tiempo, si de veras lo queremos actual, llamadas libertad política, justicia social y eficacia técnica; ahí unos andaluces que saben trabajar sin prisa, eso sí, sin perder los modales con el trajín, pero con el firme propósito de hacer bien lo que hacen y con la firme seguridad de que al cabo podrán sentir «suyo», de alguna manera seria, no simplemente retórica, eso que hacen; ahí un Cádiz con sus calles relimpias y sus fachadas tan bien aderezadas como hoy la de mi amiga Micaela Arámburu (¿otra vez la «*atacita de plata*»? no; piropo pasado y falso; ahora, si tanto se puede, jacinto de porcelana sobre el mar); ahí Universidades andaluzas donde se enseñe y se haga verdadera ciencia; ahí, posibles, al alcance de la voluntad, si la Andalucía autorreformatora de veras quiere alzarse de la vida meramente vegetativa a la vida plenamente humana, tantas y tantas cosas más.

Pero si todo esto ocurre, se preguntarán algunos, ¿dónde quedará la auténtica Andalucía, qué será del modo de ser y vivir que hoy llamamos «andaluz», venga desde Argantonio o, como yo pienso, de la España posterior a la Edad Media? Con otras palabras, todo esto, ¿para qué, y de modo que ese «para qué» siga teniendo genuino sabor andaluz? Daré mi respuesta: para mirar luego la obra hecha, y el sol, y el mar, y las casas blancas con geranios en la roja, que muchas así habrán de quedar, si los andaluces no quieren ser rematadamente suicidas, y ante todo ello seguir ejercitando con una copla ese fino juego de la tensión oscilante entre la gravedad y la ironía, entre la limpia visión de lo presente y el sueño melancólico de lo perfecto.

Con una copla, digo. ¿Cuál? Muchas de las actuales seguirían siendo válidas. Porque en cierta medida es mía, os diré una. Veréis. Ayudando a mi hija a poner en limpio castellano una pieza muy gaditana de Albert Camus, «*El estado de sitio*», me vi en el trance de españolizar y —si a tanto llegaba— gaditanizar una canción que el autor del drama, naturalmente, había escrito en francés. He aquí el resultado de mi empeño:

*He escrito sobre la arena
y he firmado sobre el mar.
Sólo me queda la pena.*

¿Qué pena? La pena humanísima y andalucísima de saber que lo «algo» puede hacerse «mucho», pero que lo «mucho», por grande que su crecimiento llegue a ser, nunca será, nunca podrá ser y hacérsenos «todo». La de no olvidar que uno puede comenzar cantando por alegrías, pero que siempre, si no quiere quedarse en el camino del cante y en el camino de la vida, tendrá que acabar cantando por soleares. La pena de sentir, en suma, que si uno es hombre a la manera andaluza, y si por tanto sabe mirar al mundo y mirarse a sí mismo con gravedad irónica e ironía grave, nunca podrá ver en su propia realidad —contra lo que a veces, desconociendo lo que para nuestra naturaleza es verdaderamente posible, han pretendido la ambición o la ingenuidad de los hombres penúltimos— un simple animal satisfecho y alegre. Aunque lo que en aquel momento esté contemplando sea, como ahora ocurre, la otra cara de la luna.

¿Sucederá algún día todo esto? Sólo una cosa sé. Sé desde ahora que cuando eso ocurra, quiero decir, cuando en el alma de algunos habitantes de esta tierra andaluza aletee, invisible, ese hondo, *jondo*

sentimiento, tu espíritu, José María, seguirá viviendo entre ellos y diciendo muy bajito para sí mismo: «Y yo, en mi Andalucía».

PEDRO LAIN ENTRALGO
De la Real Academia Española